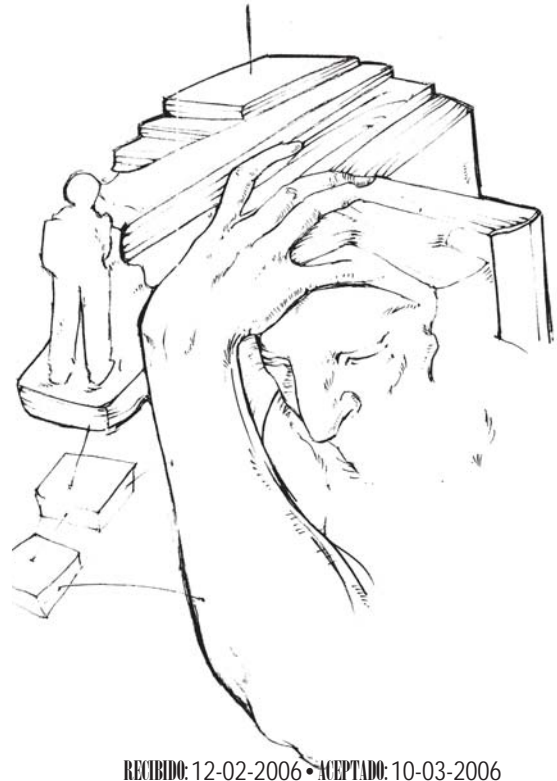


La motivación: varilla mágica de la enseñanza y la educación



Diego Jorge González Serra

Instituto Superior Pedagógico E.J. Varona.
La Habana-Cuba

RECIBIDO: 12-02-2006 • ACEPTADO: 10-03-2006

Resumen

El presente trabajo intenta acercarse al concepto de motivación y su importancia en la enseñanza y la educación escolar. Todo maestro es un factor motivacional. Quizás él no lo sepa, pero en realidad está cargado de una fuerza especial que moviliza de manera tremenda, o frena y desmotiva, que satisface profundamente al escolar o lo llena de frustración, insatisfacción o resentimiento. Aquí queremos alertar al maestro sobre esa fuerza tremenda que lleva en sí, que él posiblemente desconoce y que puede hacerlo feliz o infeliz, exitoso o fracasado a él y a sus alumnos.

Palabras clave: motivación, valores, disciplina, psicología educativa.

MOTIVATION: MAGIC WAND OF TEACHING AND EDUCATION

The present work intends to approach to the motivation concept and its importance in the teaching and the school education. Each teacher is a motivating factor; perhaps being unconscious about it, but in fact, loaded with a special force which, either mobilizes in a notorious way or impedes and demotivates; which either satisfies profoundly the student or fill him/her with frustration, dissatisfaction or resentment. Here we want to alert teachers about that tremendous force residing into them, which they possibly ignore and that can make them happy or unhappy, successful or unsuccessful, to them and their students.

Key Words: motivation, values, discipline, educational psychology

Abstract

Resumen



¿Qué es la motivación y qué importancia tiene en la enseñanza y en la educación escolar? Esa es la pregunta que intentaremos contestar en el presente trabajo.

Todo maestro es un factor motivacional. Quizás él no lo sepa, pero en realidad está cargado de una fuerza especial que moviliza de manera tremenda, o frena y desmotiva, que satisface profundamente al escolar o lo llena de frustración, insatisfacción o resentimiento. Aquí queremos alertar al maestro sobre esa fuerza tremenda que lleva en sí, que él posiblemente desconoce y que puede hacerlo feliz o infeliz, exitoso o fracasado a él y a sus alumnos.

¿Qué es la motivación?

Entendemos por motivación aquel complejo funcionamiento psíquico “que determina, regula, la dirección (el objeto-meta) y el grado de activación e intensidad del comportamiento” (Véase González, 1995: 2). La motivación despierta la conducta y la mantiene, refuerza o inhibe, hasta obtener el objeto-meta (motivación positiva) o evitar aquello que resulta insatisfactorio o amenazante (motivación negativa).

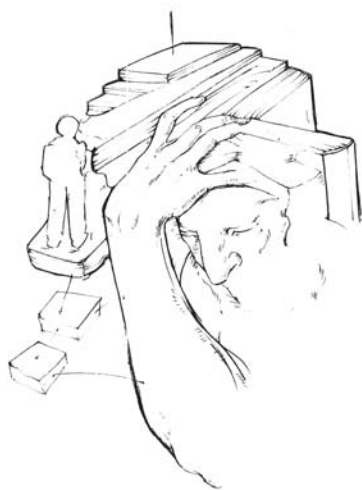
Otro autor, por ejemplo J. Reeve (1994: 2) dice que “el estudio de la motivación es una búsqueda de las condiciones antecedentes al comportamiento energizado y dirigido”.

En ese complejo funcionamiento psíquico que constituye la motivación humana participan las necesidades de la personalidad, pero también interviene el reflejo del medio y la imagen de sí mismo. Cuando una

persona o un niño percibe la posibilidad de satisfacer o asegurar la satisfacción de una necesidad suya o percibe una situación externa que lo daña o amenaza, entonces se motiva a lograr la satisfacción o a evitar la insatisfacción. La motivación surge cuando se relacionan las necesidades y valores con las circunstancias externas y la imagen de sí mismo. Si el individuo se percibe a sí mismo como capaz de lograr la meta entonces se motiva, pero si se percibe como incapaz entonces no surge la motivación. De ahí la importancia de la imagen y de la valoración de sí mismo en la motivación humana.

Por ello definimos el motivo como el “reflejo del objeto-meta de la actividad como algo que puede ser obtenido en dependencia de las circunstancias actuales, externas e internas (psíquicas). Pero este reflejo psíquico incorpora y contiene a las necesidades... No existe motivo si en él no actúan de manera activa las necesidades. El motivo es la unidad indisoluble del reflejo de la posibilidad de obtener el objeto-meta de la actividad, con la necesidad activa, eficiente e impulsora” (Véase González, 1995: 31). La necesidad pasa a ser motivo cuando deja de ser pasiva y se convierte en activa e impulsa poderosamente el comportamiento.

Las necesidades de la personalidad pueden ser clasificadas en puramente personales (necesidades orgánicas o biológicas, necesidades de contacto afectivo, de exploración y de actividad, necesidades cognoscitivas, estéticas, de autovaloración, de autorrealización, y otras) y necesidades socialmente significativas (el sentido de la responsabilidad y el deber, el



altruismo, los deberes laborales, familiares, de estudio, políticos, etc.) (Véase Rubinstein, 1969: 560; Seve, 1975: 292-293; Bozhovich, 1976: 282; Ouznadze, 1966: 269; González, 1995: 68-69). Las necesidades socialmente significativas constituyen lo que llamamos motivaciones morales o valores. Ellas expresan el hecho de que el ser humano es miembro de la sociedad y de sus instituciones y grupos y como tal responde a las necesidades, tareas y valores que le exigen esos grupos sociales. Por el contrario, las necesidades puramente individuales expresan el hecho de que el ser humano es un individuo que tiene un organismo biológico y un psiquismo individual.

José Martí (1975, tomo 15: 396) confirió gran importancia a esta clasificación de las necesidades cuando dijo:

La gran división que pone de un lado a unos seres humanos, y conserva a otros, como ornamentos, de otro lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio y el pequeño grupo de seres que dependen directamente de ellos, egoístas estos últimos en grado menor y con circunstancia atenuante, y aquellos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.

Las necesidades y los motivos que corresponden a ellas, están jerarquizados en la personalidad. La motivación en el niño se caracteriza por el predominio de los motivos puramente personales, mientras que en el adulto predominan los deberes sociales. Según la investigación realizada por nosotros (González, 1995: 219-220) los niños de 7 a 9 años se caracterizan por el predominio de los motivos de posesión de bienes (objetos, juguetes, gomas, lápices, etc.); de diversión (jugar, pasear); de actividad física; y de comer. Por el contrario, los adultos trabajadores en condiciones normales expresan en primer lugar los deseos de trabajar, también los de posesión de dinero o bienes, los motivos político morales y los del deber hacia hijos y cónyuges.

Por lo tanto, la tarea del maestro es favorecer una nueva jerarquía de motivos en el niño y adolescente donde los valores morales vayan ocupando cada vez un lugar más importante.

¿Cómo motivar la clase y el estudio?

Esta es la primera preocupación de un maestro. En primer lugar tenemos que decir que hay que motivar no sólo la clase, sino también el curso total de la asignatura o asignaturas que impartimos. La motivación de cada clase se apoya en la motivación de las clases anteriores y repercute sobre la motivación de las futuras.

De acuerdo con lo inicialmente planteado de que la motivación ocurre cuando el sujeto encuentra en su reflejo de la realidad la posibilidad de satisfacer sus necesidades, entonces *todo maestro debe conocer las mayores necesidades de sus alumnos que él puede satisfacer en el aula*. Y podríamos reconocer la importancia que tienen en nuestros niños y adolescentes la necesidad de afecto; los intereses cognoscitivos (la curiosidad por lo nuevo y desconocido); la necesidad de diversión y actividad; y sobre todo en los adolescentes, la necesidad de independencia y valoración positiva. En consecuencia, motivar la clase es lograr que los alumnos descubran en ella la posibilidad de satisfacer estas necesidades. Y de aquí se deriva el criterio de que *el maestro debe ser afectuoso y respetuoso con sus alumnos, debe despertar el interés por las materias que imparte, ha de promover la iniciativa, la creatividad y la actividad intelectual de sus alumnos respecto a los contenidos que imparte*.

Conocer a los alumnos es ir penetrando en sus características individuales, descubrir sus problemas, sus necesidades afectivas, y en consecuencia darle al niño o al adolescente lo que él necesita desde el punto de vista afectivo. Esto crea satisfacción en los alumnos y sienta las bases para el desarrollo de la motivación y el interés hacia las clases.

Pero conocer supone también saber qué temas son los que más le interesan a los alumnos, lo cual sirve para tratar de vincular la asignatura que se imparte con esos intereses. También, sobre la base de los intereses cognoscitivos ya existentes, se pueden promover otros intereses. Para ello las clases deben ir dirigidas a despertar esos nuevos intereses. Es necesario exponer los temas de estudio con emoción, con interés por parte del maestro y hacer preguntas a los alumnos que promuevan la actividad intelectual de éstos. Es muy conveniente llevar al aula objetos o láminas que sirvan para explicar los contenidos y sobre la base de los cuales el alumno memorice y piense. Igualmente, las visitas a lugares relacionados con los contenidos de las clases despiertan vivencias afectivas y cognoscitivas muy importantes para promover la motivación y el interés cognoscitivo.

El empleo del método problémico (véase Majmutov, 1983) resulta decisivo no sólo para promover el desarrollo intelectual, sino que también despierta una intensa y profunda motivación por el estudio.

“La escuela debe enseñar a los alumnos a pensar”, escribió el destacado psicólogo soviético V. Davíдов (1988: 3) y eso es lo que hace el método problémico. Y a la vez que se desarrolla el pensamiento también se intensifica la motivación hacia el estudio, como ha demostrado la psicóloga soviética Márkova. Y en nuestro país existen pedagogos dedicados al desarrollo de esta metodología problémica que, según Márkova, resulta fundamental para despertar la motivación (Véase Martínez, 1998; Guancho, 2002).

En dos palabras, para despertar la motivación hacia el estudio es necesario conocer bien la materia que se va a explicar y hacerlo con claridad, favorecer al máximo la comprensión del alumno sobre lo que se explica, pero al mismo tiempo hay que actuar de manera que se despierten sus intereses cognoscitivos y la actividad intelectual del estudiante de búsqueda y reflexión sobre aquello que se estudia. Y no olvidar nunca lo que dijo Martí (1975, tomo 11: 84) de que la instrucción “es obra de ternura apasionada y constante”.

Debemos tener en cuenta que los exámenes y las notas o calificaciones constituyen también un importante factor motivacional. Pero una motivación hacia el estudio centrada sólo en los exámenes y calificaciones puede conducir a la pérdida de la motivación o en el mejor de los casos a una motivación puramente adaptativa que sólo responde a los premios y castigos. La motivación autónoma, real y más positiva hacia el estudio es aquella que surge como resultado de la combinación armónica de los exámenes y las notas con el método problémico que despierte los intereses de los estudiantes y una actitud activa y creadora en ellos. Y este último ha de ser el estímulo fundamental.

¿Cómo formar valores?

Despertar motivaciones morales es precisamente la vía para formar valores. Las motivaciones que se despiertan en la escuela van generalizándose y automatizándose y con el decurso de la vida llegan a constituirse en motivos firmes, en valores morales.

También la enseñanza problémica es una vía maravillosa para formar valores. Por ejemplo, el amor a la verdad, a la ciencia, al conocimiento, el amor a la lectura, al estudio y a pensar, a descubrir. Y resulta muy valioso hacer

reflexionar al niño sobre los valores morales, explicarle en qué consisten y que él a su vez investigue sobre ellos y los ponga a prueba en sus reflexiones y en su vida.

Para formar valores el intelecto es muy importante, pero no basta. Es necesario el ejemplo y el sentimiento. Aquí resulta fundamental que el maestro sea un ejemplo de los valores que quiere formar. Si se trata de valores cívicos y patrióticos, el maestro debe evidenciar en su conducta que es fiel a esos valores. Si se trata de la actitud ante el estudio, el maestro debe ser un amante del estudio, de la verdad y de la investigación. José de la Luz dijo algo fundamental: “Enseñar puede cualquiera, pero educar sólo quien sea un evangelio vivo”. El ejemplo del maestro es decisivo para formar valores. “Solo empujan el ejemplo y el éxito”, dijo José Martí.

Pero el ejemplo se difunde entre los alumnos si entre el maestro y los estudiantes existe una comunicación positiva, si los estudiantes valoran alta y positivamente a su maestro. Y volvemos a la importancia del afecto, del amor. Dijo Martí (1975, t. 21: 110): “Sólo va al alma lo que nace del alma”. El amor del maestro es el sentimiento fundamental para formar valores. El amor es el denominador y el generador común de todos los valores morales. Pues el valor moral es amor a la patria, amor al trabajo, amor a la familia, amor a la humanidad, etc. El amor de la madre y del padre, del maestro, del dirigente, es el germen más activo y positivo de la formación de valores en los estudiantes.

Otro factor educativo fundamental está en el sentimiento estético que esté al servicio de la virtud, de la moral, de los valores. La literatura y el arte han de ser utilizados en la escuela para formar valores, para despertar los sentimientos más nobles y positivos.

Ahora bien, amar a los alumnos no quiere decir protegerlos de esfuerzos y peligros. Por el contrario, amar a los alumnos es ser normalmente exigente con ellos, es ejercer una exigencia amorosa, pero es necesario exigir. Tan mala es la exigencia exagerada –aquella que pide más de lo que el estudiante puede dar– como la falta de exigencia. Es necesario exigir que estudien, que hagan las tareas, que se comporten correctamente, que sean honrados, que no digan mentiras, que traten bien a sus compañeros y profesores. La exigencia y el sacrificio que supone, forja la personalidad. Pero la exigencia no debe ser fundamentada principalmente en el castigo, en la amenaza, en la ofensa. La exigencia debe ser apoyada fundamentalmente en el ejemplo y el amor del profesor, que a su vez engendra el ejemplo y el amor del estudiante. Y una cuestión fundamental para la escuela es la exigencia de la disciplina.

¿Cómo lograr la disciplina consciente?

Junto a la motivación hacia el estudio la escuela tiene que promover la motivación por la disciplina. Sin disciplina una escuela no puede funcionar.

La disciplina, o sea, el cumplimiento con las normas y valores de una institución y el acatamiento de las órdenes impartidas por sus dirigentes, puede ser reactiva, adaptativa o autónoma.

La disciplina reactiva es aquella que engendra la presencia y la insistencia directa del maestro o del director. Pero cuando estos no están presentes o se descuidan, el estudiante actúa indisciplinadamente.

La disciplina adaptativa es aquella que el propio estudiante asume con la finalidad de lograr premios y evitar castigos. Es una disciplina formal la cual no es aceptada en sí misma pero es indiscutiblemente superior a la reactiva pues parte de la propia iniciativa del estudiante.

La disciplina autónoma es aquella que se fundamenta en la asimilación por parte del estudiante de los valores que rigen la institución y en consecuencia éste experimenta la necesidad de cumplir con sus normas y directivas independientemente de los premios y castigos. Es una disciplina consciente y la verdadera auto disciplina.

A veces un estudiante se comporta de manera totalmente indisciplinada. El logro de la disciplina reactiva es un paso de avance. Pero la disciplina adaptativa es superior. Ahora bien, la verdadera y profunda educación requiere lograr la disciplina autónoma o consciente, la autodisciplina.

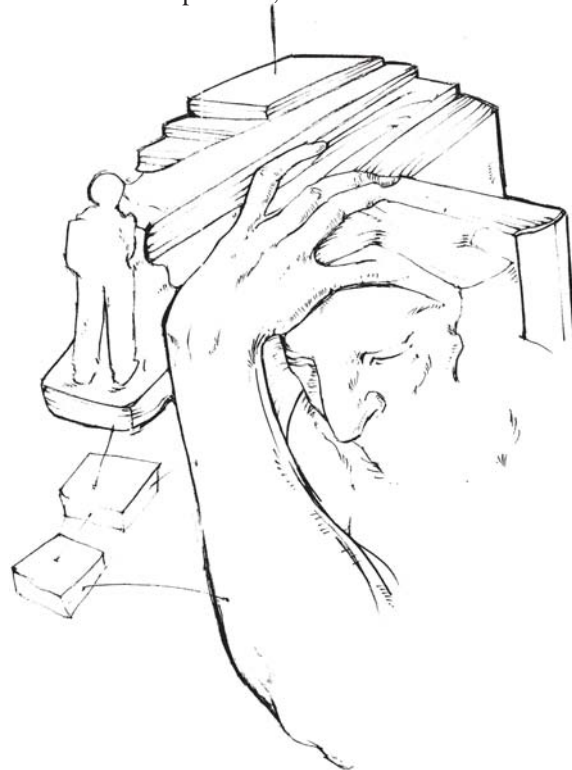
La educación que lleva a cabo la escuela sobre el estudiante consiste en inculcarle sus valores y el acatamiento consciente a los mismos.

Los premios y los castigos ejercen una notable influencia y favorecen la disciplina reactiva y en definitiva la adaptativa. De ahí su importancia. Sin embargo, el castigo percibido como algo injusto puede conducir a la rebeldía y ser contraproducente sobre todo en la adolescencia y juventud. Por ello es necesario que, de ser imprescindibles los castigos, éstos sean justos, adecuados y bien fundamentados y en el mejor de los casos que partan de los propios alumnos, de su discusión colectiva, de manera que sean bien percibidos por los estudiantes. Pero los premios y castigos por sí solos pueden no formar la disciplina autónoma o consciente y a veces resultan insuficientes para lograr la reactiva o la adaptativa. Para el logro de la disciplina autónoma o auto disciplina son decisivos los siguientes determinantes. En primer lugar, el

ejemplo y el prestigio del director y del maestro basado en su firmeza, su justa actuación y fundamentalmente en su afecto, comprensión y respeto hacia los estudiantes. También vale mucho la calidad de las clases que el profesor imparte, sus conocimientos, su capacidad para despertar el interés y hacer atractiva y amena su exposición. Todo lo que hemos dicho sobre la motivación hacia el estudio vale para sentar las bases de la disciplina. Un estudiante motivado por el estudio y por su escuela tiende a ser disciplinado en el aula. Otro estímulo a tener en cuenta es la persuasión que los directores y maestros realicen para convencer a los estudiantes de lo justo de los valores, normas y disposiciones a cumplir. Es necesario persuadir sobre su carácter justo, necesario o imprescindible.

Ahora bien, es muy importante la índole de las exigencias que se planteen. Estas exigencias deben estar basadas en valores y en los requerimientos del buen funcionamiento del centro y buscar la mejor armonía entre dichos valores y requerimientos y las características y necesidades de los alumnos. Pueden plantearse exigencias innecesarias o extremas que frustran agudamente al estudiante y que resultan incomprensibles para éste. Por lo general tampoco es posible la ausencia de normas y exigencias y permitir que el estudiante haga lo que le parezca en detrimento del buen funcionamiento de la escuela.

Otro importante aspecto a considerar para el logro de una disciplina consciente es el trabajo con las organizaciones estudiantiles de pioneros, la asociación o federación de



estudiantes, etc. Es necesario promover las iniciativas y un rol dirigente autónomo y creador por parte de dichas organizaciones. No es educativo que el director y los maestros sustituyan y anulen a los estudiantes en la dirección de sus organizaciones. La influencia del director y de los maestros debe ser indirecta, mediante el prestigio, el ejemplo y la actitud positiva de éstos hacia los estudiantes, en virtud de lo cual se convierten en líderes informales cuya opinión es muy respetada por los alumnos. Esta es la vía para persuadirlos de la necesidad de que las organizaciones estudiantiles hagan suya la tarea del mantenimiento de la disciplina.

El trabajo educativo en cuanto a la disciplina sólo será plenamente efectivo cuando sean los estudiantes los primeros interesados en mantenerla y perfeccionarla y sobre ellos recaiga principalmente la iniciativa en este empeño.

No se trata de hacer desaparecer los premios y los castigos, (y son mejores los premios que los castigos) sino de mantenerlos de manera que no afecten a los estímulos que favorecen una disciplina autónoma y a través del predominio de estos últimos.

También es necesario reconocer que en determinados lugares y circunstancias donde exista una indisciplina generalizada extrema y negativa sea necesario hacer predominar los premios y castigos y sobre todo las sanciones. Pero esto sólo se justifica en un momento inicial y excepcional. Toda la tarea posterior debe ser lograr el predominio de los estímulos que favorecen la auto disciplina.

Una tarea muy importante para el maestro o profesor, sobre todo en la enseñanza primaria y media, es mantener la disciplina en el aula.

Todo profesor tiene que desarrollar y lograr una cierta dosis de dominación y control sobre sus alumnos. Ahora bien, lo fundamental es en qué tipo de estímulos apoya esta disciplina. Si la apoya solamente en la reprimenda, el maltrato, la amenaza y el castigo esto puede conducir fatalmente a la

rebeldía, al incremento o mantenimiento de la indisciplina, o en el mejor de los casos a una conducta reactiva o adaptativa basada en el miedo, lo cual no promueve el desarrollo moral autónomo del estudiante.

Es necesario desarrollar la dominación sobre la base del empleo de los estímulos que promueven la auto disciplina, evitando al máximo la disciplina del miedo y el castigo. Sólo en situaciones extraordinarias la disciplina se basaría en la reprimenda, la amenaza y el castigo (pues la disciplina debe ser lograda de alguna manera), pero la tarea del profesor es ir transformándola en aquella basada en el predominio de la auto disciplina. Por ello, siempre que excepcionalmente se usen la reprimenda, la amenaza y el castigo, deben ser utilizados de manera tal que no impidan sino favorezcan el predominio futuro de aquellos estímulos que promueven la auto disciplina. .

En conclusión

La escuela debe ser para el estudiante y el maestro o profesor un lugar grato y atractivo donde se va a aprender y a enseñar y educar. Un lugar que nos motive y nos haga felices. Eso supone, lógicamente, una lucha, un esfuerzo. Y por ello el director y los profesores en primer lugar tienen que controlar y organizar su estado anímico de manera tal que la exigencia sea equilibrada y conduzca a las buenas relaciones de los profesores o maestros entre sí y con los alumnos y en consecuencia a que tanto los profesores o maestros como los alumnos se sientan motivados positivamente hacia su labor en la escuela.

La motivación positiva, el deseo entusiasta de hacer el bien enseñando y aprendiendo, es la varilla mágica de la felicidad y el progreso. Es necesario mantener en alto esta varilla mágica a pesar de todas las dificultades y perspectivas negativas que puedan existir. Pues nacimos para ser felices.

Referencias Bibliográficas

- Bozhovich, L. I. (1976) *La personalidad y su formación en la edad infantil*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Davidov, V. (1988) *La enseñanza escolar y el desarrollo psíquico*. Moscú: Progreso.
- González, D.J. (1995) *Teoría de la motivación y práctica profesional*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Guanche, A. (2002) "Enseñar las ciencias naturales por medio de contradicciones en la escuela primaria". Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Pedagógicas. La Habana.
- Majmutov, M.I. (1983) *La enseñanza problemática*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Martí, J. (1975) *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martínez, M. (1998) *Calidad educacional, actividad pedagógica y creatividad*. La Habana: Academia.
- Ouznadze, D. (1996) "Principes essentiels de la théorie d'actitude". En: *Recherches Psychologiques en URSS*. Moscú: Progreso.
- Reeve, J. (1994) *Motivación y emoción*. Madrid: McGraw-Hill.
- Rubinstein, S.L. (1969) *Principios de psicología general*. La Habana: Edición Revolucionaria.
- Seve, L. (1975) *Marxismo y teoría de la personalidad*. Buenos Aires: Amorrortu.